

**EL CONTACTO
EXTRATERRESTRE**

SIXTO PAZ WELLS

CAPÍTULO 1

EL AVISTAMIENTO

Toda experiencia real de contacto es comprobable, y la contundencia y trascendencia del mismo está en relación directa con el número y la objetividad de los testigos.

Desde muy joven tuve profundas inquietudes espirituales. Buscaba afanosamente, a pesar de mi corta edad por aquel entonces (17 años), las respuestas a aquellas preguntas que nos hacemos todos los seres humanos en algún momento de nuestra vida: ¿quiénes somos?, ¿de dónde venimos? y ¿hacia dónde vamos?

Había estudiado en un colegio religioso y había recibido formación como creyente, pero mis necesidades espirituales eran de fondo, no de forma. Mi padre investigaba el tema ovni como *hobby*, pero de modo tan apasionado que había llegado a ser considerado el más importante investigador del país y del resto de países latinoamericanos. Mi madre, norteamericana de nacimiento, diez años más joven que él, lo apoyaba en su cruzada por desentrañar la verdad sobre el tema que pudieran estar ocultando los Gobiernos.

Había nacido pues en ese ambiente, aunque el tema no era algo que me atrajera demasiado. Más bien aceptaba la posibilidad de vida extraterrestre como algo lógico y de sentido común. Sin embargo, el destino me tenía reservadas muchas sorpresas al respecto.

Después de unas conferencias que mi padre dio en una agrupación de yoga, siempre sobre su tema, y a las que mi madre nos pidió que la acompañáramos con mis hermanos,

me vi atraído y envuelto en la filosofía oriental, así como en la práctica de técnicas de concentración y meditación que me fueron aportando muchas respuestas, pero a la vez más preguntas y la necesidad de corroborarlas.

En enero de 1974 salió una noticia en el diario más serio y conservador de Lima, el *Diario el Comercio*, que decía que se había descubierto, a través de los vuelos tripulados y los radiotelescopios, que el espacio no era un lugar de un silencio sepulcral como se creía, sino que, por el contrario, allí había mucho ruido, mucha bulla. Y que todos esos sonidos u ondas de radio podían ser mensajes enviados de otros planetas por civilizaciones avanzadas interesadas en conectarse con sus semejantes en el Universo. Se hablaba del proyecto *Ozma*, una versión antigua de lo que hoy se conoce como proyecto *Seti*. Todo esto motivó a mi padre, Carlos Paz García, hombre jovial y sociable, a organizar una conferencia para comentar el artículo. La disertación corrió a cargo de un amigo suyo, el doctor Víctor Yáñez Aguirre, médico del Hospital de Policía de Lima, eminente esoterista y apasionado de la parapsicología, quien tocó el tema de la posible comunicación extraterrestre suponiendo que hubiese civilizaciones más avanzadas que pudieran, no solo estar llegando físicamente a la Tierra con sus naves espaciales, sino quizás también procurando contactar, de forma telepática, o hasta astralmente en sueños. Estos seres de otros planetas, cuyo único mérito habría sido haber empezado antes que nosotros y haber sobrevivido a la intolerancia y el egoísmo, así como a sus más importantes crisis de crecimiento, podrían estarnos visitando no ahora sino desde tiempos inmemoriales y estar interesados por diversas razones en nuestro proceso.

La conferencia inspiró en mí el deseo de experimentar la telepatía. Pero no tanto por la parafernalia ovni, sino quizás porque, de ser posible el contacto, estos seres tendrían las respuestas que yo tanto ansiaba. Como hacía un año que

venía practicando yoga con diversas técnicas de meditación y concentración se me ocurrió aprovechar tal preparación para intentar, con mi madre y mi hermana, recepcionar un mensaje. Realmente fue un juego sin ninguna base ni sustento que garantizara una experiencia.

Durante la noche del 22 de enero de 1974, sentados con mi madre, Rose Marie, y mi pequeña hermana Rosi en torno a una mesa con unas hojas de papel y lápices, intentamos la conexión. Habíamos hecho como de costumbre una relajación profunda y a continuación una meditación. Y fue en plena meditación que vino a mi mente la imagen de un rostro con unos ojos marcadamente oblicuos que me miraban y la necesidad compulsiva de escribir, por lo cual abrí los ojos, agarré lápiz y papel, y, relajando el brazo, comencé a hacer trazos desordenados y, a continuación, tratando de controlar la recepción, escribí lo siguiente:

«Sala de hogar buena para hacer la comunicación. Me llamo Oxalc y soy de Morlen, ustedes le llaman Ganímedes, una de las lunas de Júpiter. Podemos tener contacto con ustedes. Pronto nos verán».

Mi madre, mi hermana y yo nos habíamos predispuesto con una actitud positiva y mucho entusiasmo, y recibimos un primer mensaje psicográfico de escritura automática sin trance alguno; por el contrario, tan conscientes que me resultó difícil de creer por la facilidad con que llegó. Precisamente, después de recibido cotejé el escrito con mi madre y mi hermana y ambas habían captado el mismo mensaje, solo que no lo habían plasmado en el papel.

Ante la posibilidad de que fuera un juego de la imaginación les dije que lo dejáramos ahí, que no podía ser cierto. Pero no contaba con el entusiasmo de mi hermana Rosi, que aquella noche llamó a sus amigos por teléfono contándoles lo que había ocurrido, de tal manera que al día siguiente teníamos 20 personas en el salón de casa deseosas de que se repi-

tiera el experimento. Yo llegué de la calle y me encontré con esa reunión improvisada y la insistencia de todos de intentarlo una vez más. Yo no quería hacerlo porque no deseaba engañarme ni engañar a nadie, y menos aún quedar en ridículo. Pero fue tanta la presión de todos que, para demostrarles que no era verdad, acepté llevarlo a cabo una vez más. Y cuánta no sería mi sorpresa cuando al cabo de un rato de iniciada la meditación nuevamente me vinieron ganas de escribir y se repitió la visión en mi mente de aquella mirada enigmática.

El segundo mensaje canalizado decía:

«Sí, Oxalc, soy de Morlen. Pueden hacer las preguntas que deseen».

Al leer lo que había escrito, con sarcasmo e ironía me dirigí a mis compañeros y les dije:

—El extraterrestre dice que podemos hacerle preguntas. A la primera consulta que yo no pueda responder o respondera mal quedará demostrado que es imaginación, que es cosa mía.

En ese momento comenzaron a llover toda clase de preguntas por parte de los asistentes. No faltaron por allí los que preguntaron:

—A ver, Sixto, pregúntale de qué color es mi bicicleta.

—¿De qué equipo de fútbol soy hincha?

—¿Qué voy a hacer mañana?

Y a todas vinieron respuestas exactas e inmediatas, lo que produjo sorpresa general. Para mí la explicación era que nos conocíamos demasiado y yo estaba respondiendo con respuestas probables, y por la gran suerte que tenía aquella noche coincidían.

Entonces la madre de uno de los compañeros presentes, y amiga de mi madre, dijo:

—A ver, Sixto, pregúntale qué libro llevo en el bolso. Que te diga el nombre del libro y el nombre del autor, si es posible.

Pensé que hasta allí habíamos llegado y que había sido solo cuestión de tiempo el terminar haciendo el ridículo. En ese momento, a pesar de mi incredulidad y pesimismo, no sé por qué ni cómo puse sobre el papel la respuesta. Escribí el nombre del libro, del autor y hasta el número de la página que ella tenía señalizada, lo cual maravilló a todos. La señora extrajo el libro de su bolso, y era tal cual. Ella no recordaba dónde se había quedado en la lectura, pero estaba marcado.

Fui yo el primer sorprendido. No podía creer que fuera verdad, ni que fuera tan sencillo. Me resultaba más fácil aceptar que allí estaba ocurriendo algo paranormal pero creado por nosotros mismos que creer que pudiera haber una entidad extraterrestre utilizándome como un canal desde su mundo o su nave espacial.

En ese momento uno de los amigos dijo:

–Hagamos las preguntas sin decirlas. Las pensamos, no te las decimos, y que el extraterrestre, si es que existe, nos responda.

–Me parece muy bien –dije yo sin terminar de creer lo que estaba pasando y a la vez interesado por descartar posibilidades.

Él preguntó en su papel:

«¿Por qué yo no creo en los seres extraterrestres?».

Y yo, sin conocer la pregunta, recibí:

«Porque nunca nos has visto; no te preocupes, ya nos verás».

Realmente ese juego de preguntas y respuestas, y la atmósfera tan especial que empezó a respirarse en el ambiente, eran alucinantes.

Entonces mi hermano mayor, Charlie, intervino:

–Sixto, si es un ser extraterrestre, que no se ande con rodeos. Que nos diga dónde podemos ir a verle. Dónde podemos ver su nave.

Instantáneamente, y sin pensarlo, se me comenzó a mover la mano y escribí rápidamente:

«Vayan a sesenta kilómetros al sur de Lima, a un lugar en el desierto que se llama Chilca, porque el 7 de febrero, a las 21 h, verán aparecer nuestra nave. Y esa será la confirmación de la realidad del contacto».

Fuimos al desierto pero un día antes, para pasar una noche en el lugar, no fuera a ser que viéramos en el cielo un satélite, una estrella, un avión, o cualquier fenómeno aéreo y pensáramos que allí estaba la nave prometida. Teníamos que estar completamente seguros y descartar posibilidades. El día anterior al contacto no ocurrió nada especial en la zona de Chilca, ni vimos nada en el cielo, pero el día del encuentro, cuando se acercaba la hora, la emoción en todos crecía. El grupo estaba disperso, alejado entre sí, y yo me encontraba comentando con algunos lo extraña que había sido la noche de la recepción psicográfica, cuando de pronto, por unos segundos, el cielo se iluminó como si fuese de día. Se produjo un gran resplandor detrás de las montañas y todos en ese momento vimos salir un objeto luminoso que se desplazó lentamente por encima de las crestas de la sierra, hasta que se detuvo suspendido en el cielo por el lado derecho de donde nos encontrábamos.

El grupo empezó a reagruparse y todos comenzaban a preguntarse unos a otros qué era eso que estábamos viendo. Cuando, de pronto, alguien gritó:

—¡Mirad! ¡Se está moviendo!

El objeto luminoso que giraba sobre sí mismo con luces multicolores comenzó a avanzar y descender hasta quedarse encima nuestro, como a unos ochenta metros. Era un disco con una media docena de ventanas. No producía ningún ruido y llegó a proyectar un haz de luz que cayó vertical y directamente sobre nosotros.

Sentimos pánico, terror. Nunca habíamos tenido tanto miedo como en aquel instante. Algunos de mis compañeros, queriendo esconderse ingenuamente detrás mío, me decían:

–¡Sixto, díles que se vayan! ¡Tú contactas con ellos!

Y yo les respondí:

–Pero si yo no sé cómo funciona todo esto. Lo último que me habría imaginado es que fuese real.

¡Y lo era!

Todos en ese momento captamos en nuestra mente, como si nos hablaran al oído, que nos decían:

«No bajamos en este momento porque ustedes no saben controlar sus emociones. Habrá una preparación, un tiempo y un lugar».

Aquel objeto estuvo varios minutos encima nuestro, que a nosotros nos pareció una eternidad, hasta que de pronto comenzó a moverse y elevarse de una forma muy extraña, como si estuviera subiendo una escalera, y luego partió a gran velocidad de forma oblicua.

Cuando vimos que se había marchado saltamos de felicidad y nos abrazamos entre todos. Yo no lo podía creer. ¿Por qué nosotros? Un grupo de muchachos intrascendentes de un país en vías de desarrollo; no tenía sentido alguno que hubiésemos tenido una experiencia de esa clase. Llegamos a pensar ingenuamente que como desde el espacio no se ven los países de colores como aparecen en los mapas, ni se observan las líneas punteadas que los dividen, esos seres creían que habían llegado a Estados Unidos o a Alemania cuando en realidad se habían quedado a mitad de camino en Perú.

Fue así como tuvimos nuestro primer avistamiento en el desierto de Chilca. Habíamos observado la aparición de un objeto en forma de disco que iluminó el lugar y descendió de entre las montañas, ubicándose a poca altura por encima nuestro, tal como ellos lo habían prometido, como para no

dejar la menor duda, quedando demostrado que no estábamos solos, que hay otros seres más avanzados en el Universo y que nos observan, y que la posibilidad de la conexión psíquica es un hecho.

De un momento a otro todo esto me acercó a satisfacer la necesidad de obtener respuestas trascendentes.

De regreso a casa nos encontramos con mis padres y les contamos lo que habíamos vivido. Mi padre, que no conocía los antecedentes de la cita, al escuchar nuestro relato se sonrió pensando que nos estábamos burlando de sus investigaciones. Pero cuando insistimos sobre el tema se molestó y acabó bruscamente la conversación. En esos días intentamos nuevamente recibir comunicación, aprovechando el grupo de amigos que se había improvisado en torno a la experiencia. Y con la concentración y energía de todos recibí un nuevo mensaje. A través de esa conexión les pedimos si podían darle una prueba a mi padre y Oxalc accedió, siempre y cuando fuera él solo con nosotros. Nos dieron la fecha y nos confirmaron el lugar, que era el mismo donde se había producido el avistamiento inicial.

No fue nada fácil convencer a papá de que nos acompañara, pero al final, ya aburrido de que le insistiéramos tanto, prometió ir pero por su cuenta y encontrarnos en el sitio indicado. Él, en medio de una reunión de su asociación e instituto de investigación, anunció la salida, y como no creía que se fuera a dar nada, invitó a todos los asistentes a hacer una sesión de astronomía al aire libre.

Como habíamos llegado primero a la zona y desconocíamos la convocatoria de mi padre, nosotros solo lo esperábamos a él, cuando, de repente, un objeto cilíndrico gigantesco apareció de detrás de las montañas. Estaba inclinado hacia la izquierda y era enorme. En los extremos tenía unas luces intensas.

Nos emocionamos pensando el recibimiento que le esperaba a mi padre, cuando al darnos la vuelta vimos multitud de autos acercándose a la zona por la carretera de tierra. Los coches se detuvieron, alineándose, y de su interior salieron mi padre y sus amigos investigadores, acompañados de sus esposas y familiares. Sin percatarse de lo que había en el cielo, comenzaron a descargar mesas y sillas plegables, telescopios, cajas de cerveza, etc. Sorprendidos por lo que estaba ocurriendo abajo, descendimos de las faldas de los cerros y nos acercamos al campamento. Al vernos llegar mi padre se alegró y nos dio la bienvenida. Entonces le mostramos lo que había encima del cerro y se maravilló. El resto estaban tan entretenidos en la conversación que ni siquiera se habían fijado en semejante avistamiento.

En ese instante, de los extremos del cilindro salieron dos luces que bajaron a toda velocidad por las montañas en dirección a donde estaba toda la gente, precipitándose de tal manera que crearon pánico, haciendo huir a las personas allí congregadas. Al llegar al campamento se detuvieron instantáneamente, elevándose en una vertical ascendente. A continuación, el gran objeto cilíndrico se niveló, se puso de frente y comenzó a moverse lentamente, como a velocidad de dirigible, cruzando todo el valle a regular altura.

Mi padre quedó fuertemente conmocionado por esta observación. Luego nos confesaría que había pensado lo siguiente:

—¡No puede ser! ¡Tantos años investigando el fenómeno ovni y al final estos seres contactan con mis hijos y no conmigo, qué injusto!

Nuestra relación no volvió a ser la misma. Después de aquella noche, en más de una ocasión lo encontré de madrugada en la sala de nuestra casa experimentando y tratando de recibir una psicografía, pero nunca quiso hacerlo con nosotros.